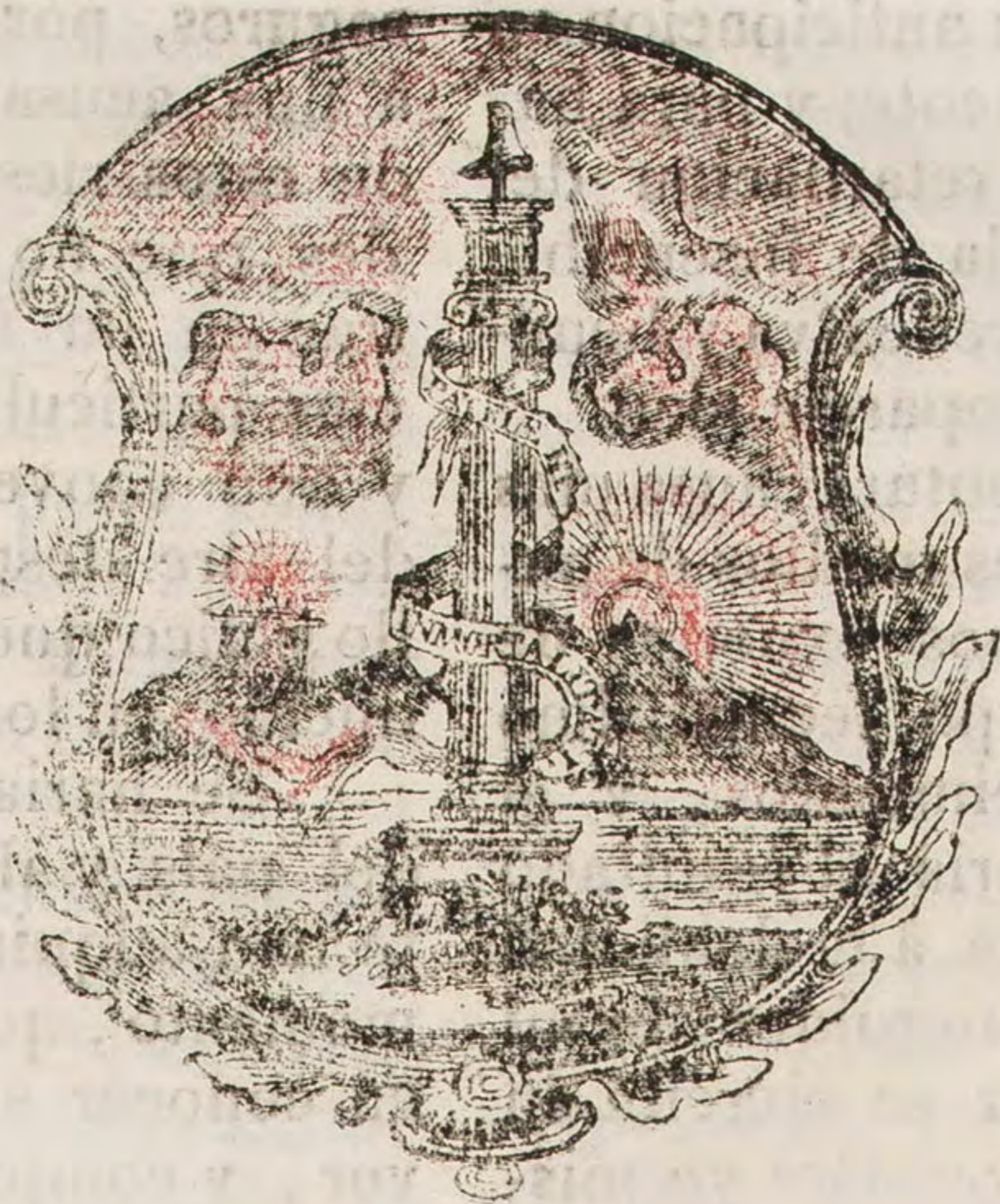


EL SOL

DEL PERÚ.

JUEVES 18 DE ABRIL

DE 1822. = 3.º



Continúan las memorias de la Sociedad Patriótica literaria.

En la sesión del 13 del corriente, S. E. el Sr. Protector se presentó en la Sociedad á ocupar su asiento como sócio honorario de número. Sin acompañamiento y sin pompa, y como un simple ciudadano, no quiso admitir lugar alguno de preferencia, y se sentó indistintamente á la par con los demás. Es imposible espresar los sentimientos que animaron en aquel entonces á los académicos, á la vista de la sencillez y popularidad del héroe á quien debían su libertad, y en cuyas manos están los destinos, y las esperanzas de todo el Perú. Después de aquel profundo silencio que se sigue cuando se combinan una agradable sorpresa con el respeto, dijo S. E. con ese aire franco é insinuante que lo distingue; que se gloriaba de pertenecer á este cuerpo de literatos: que en aquel momento cumplía con su corazón y sus deseos; pues entretanto que él volaba al frente de sus bravos compañeros de armas á defender con la espada la libertad del Perú, esperaba que la academia sostubiese con sus tareas la opinión de los pueblos; y que ésta era tan necesarias como el cañon y las armas, para consolidar la Independencia de América.

Contestó el honorable señor presidente á nombre de todos, que así como en los campos de Chacabuco se echaron los inamovibles cimientos de la libertad

del Perú, así en la Sociedad Patriótica, que habia sido instalada el día de su aniversario, debía contarse la época de su ilustracion, y que ésta bajo tan prósperos auspicios iria progresando con rapidez. Marche V. E., dijo, á cubrirse de nuevas glorias, marche á coronarse de mas laureles, enmendando los efimeros defectos de la suerte que ensobervecen al enemigo. Marche con la satisfaccion, de que este cuerpo de literatos será el firme antemural de los derechos de un pueblo libre é independiente; será siempre el enemigo del despotismo, y el terror de la tirania. La academia se pronostica nuevos triunfos apenas que V. E. se ponga en campaña al frente de sus valientes; las musas preparan ya los himnos de la victoria, y con ellos su nombre se trasmirá á las generaciones futuras en medio de las bendiciones del pueblo.

En seguida leyó el señor D. José Morales la siguiente memoria sobre las causas, que han retardado en Lima la revolucion, comprobadas por los sucesos posteriores.

La cuestion que acaba de establecerse, ofrece el mas estendido campo para reflexionar sobre la desgraciada suerte, que ha sufrido la heroyca y esforzado capital del Perú en el tiempo que el espíritu de revolucion comunicado como el fuego electrico en una y otra Amé-

rica, logró aparecer con anticipacion en ciertos puntos del continente; y para hacer ver tambien, que la retardacion del éxito, lejos de acreditarla de insensible y apática, la constituye reflexiva y benemérita à los ojos de la imparcialidad.

Difícilmente se presentará causa mas justa, ni mas abundantes medios de patrocinarla. En las manos expertas de un literato, era un campo fecundísimo para ostentar sus conocimientos, y el mas glorioso triunfo, seria el resultado de la defensa. Pero fiada à la debilidad de mis principios, y à la languidez de mi voz, que por primera vez se ejercita en este género de discursos, recelara yo mismo de su suerte, à no ser de tanta magnitud los estorbos y peligros que han embarazado à Lima unirse à la causa comun, y obrar de concierto en favor de la libertad de la Patria.

Libertad y Patria, dijo el nuevo mundo, luego que por entre las dificultades, que el gobierno español oponia à la libertad de sus colonias pudieron penetrar las luces necesarias para formar una revolucion. Patria y libertad, aclamaron varios puntos, luego que la ocupacion de la Peninsula por los franceses, les dió lugar à sustraer el cuello del yugo que les oprimia, y luego que mas favorables coyunturas les fuéron facilitando medios de alcanzar empresa tan ardua.

Lima y Mèjico, por la fatalidad de sus destinos, permaneciéron únicamente sujetas à una servidumbre, tanto mas austera y rigurosa, cuanto se multiplicaban las medidas para cortar el progreso de la opinion. Contrayéndome à Lima; muchas personas fueron causadas por leves indicios, y muchas mas fueron sin causa puestas en prision. Era prohibida la comunicacion de unas con otras familias, y los secretos de estas se hicieron públicos violando el sagrado de la correspondencia à que se fiaban. Por todas partes se seguia à los americanos, y sus conversaciones interpretadas al capricho de los espías, formaban la lista fatal de los sospechosos siempre amenazados por lo menos con un estrañamiento.

Los insultos de los españoles obligaban à los mas à retraherse en sus casas con abandono de sus propios intereses; y aun dentro de ellas no estaban

seguros, porque ese retiro daba mérito à una acusacion. Rodeados sin cesar de estos riesgos, y de otras penalidades, que no pueden descubrirse sin entrar en un fastidioso detal de ocurrencias particulares, se hacia indispensable, y aun conveniente evitar los sonrojos del aire despreciativo, y mofa del orgullo gótico que tantas calamidades ha producido en los dos mundos.

Se haria un agravio à los literatos del pais y al crédito que tan justamente han adquirido, si se creyese por un momento, que habian sido los últimos en conocer sus derechos: pero seria mayor, y comprenderia à todas las clases del estado, si se les supusiese insensibles à semejantes tratamientos. La suavidad del clima, y las comodidades de que han disfrutado respectivamente todas, que en concepto de algunos, causa la apatia ó indiferencia que se les atribuye, es lo que segun mi corta intelijencia, debió ser el estímulo mas eficaz que las excitase à reclamarlos, y lo que mas las disponia à obrar contra sus opresores; porque dotados al mismo tiempo de una sensibilidad exquisita, y de una imaginacion fogosa y propensa à exáltarse, nada mas propio para arrebatarlo, que el desprecio y la opresion. Esto es cierto, pero tambien lo es hasta el último grado de evidencia, que otras causas, otros inconvenientes de mayor gravedad reprimieron esos deseos y esos sentimientos, hasta encontrar una coyuntura que fuese favorable à sus designios. Esos inconvenientes y peligros son los que debemos indagar imparcial y detenidamente.

Con sobrado fundamento se ha dicho que convertida Lima en una fragua como la del Vulcano se fabricaban en ella rayos para destruir à los defensores de la libertad. Otro tanto podria decirse tambien de Mèjico, y de cualquiera otra capital donde el despotismo tenia su asiento, por que los tiranos concentran las fuerzas, y viben en medio de ella por su propia seguridad: à este fin emplean el terror, la violencia, y los demas medios que se han indicado con el aparato que conviene para hacerlos tremendos y horrorosos, y que llaman de justicia. Esas mismas capitales cuando son de nu-

merosa poblacion, mandadas con tales precauciones, y se les priva enteramente la comunicacion de ideas, son las menos aptas para conmoverse; pues resultan ser, como mas grandes, de miembros complicados cuyo movimiento es reglado por solo el impulso, ó por la voluntad del gobierno. El persuade á la misma manera que manda, y nadie puede ser oido, porque el solo tiene facultad para hablar.

Si á pesar de los inconvenientes y riesgos apuntados, hubiese alguno que opinase que la nobleza y el comercio por influencia de sus relaciones y caudales, debieron cooperar anticipando la revolucion, será aquel que no conozca la situacion de ambas clases en el Perú. Por rareza se contaba en Lima un americano comerciante, los mas eran europeos, y estos por mantener el antiguo monopolio, sostuvieron con el gobierno una liga estrecha é indisoluble. Los nobles han tenido su riqueza en fincas ó haciendas, cuyo valor principal está en las de mayor ó menor número de esclavos con que se labran: su influencia en estos bárbaros, y en muy pocos domesticos blancos que mantienen para sujetarlos, ó para dirigir las operaciones del trabajo, eran un auxilio muy débil é incapaz de producir buenos efectos de la libertad.

Cualquiera esfuerzo de esta clase se hubiera graduado entonces de temeridad, así como tambien lo fuera ahora presumir, que todos los nobles en calidad de hacendados, y los ricos que no lo eran habian sido adictos al sistema, por suponer mas en la balanza de su consideracion el interes privado que el público. El amor á la libertad nace con las luces, crece y fructifica cultivandose con buenas ideas, hasta formar la que conviene á esta virtud.

Ahogar esta en su nacimiento, y desfigurarla en terminos que pareciese abominable á los hombres de bien eran á mas de las del terror, otras medidas para atacar la independendia, y hacerla desaparecer aun del pensamiento, reduciéndola á una quimera impracticable. En toda la América, que antiguamente se conocia por española, no se dió en aquella época gobernador alguno mas sagaz

que el que mandaba en la capital del Perú. Al mismo tiempo que embarazaba con escrupuloso cuidado la introduccion de papeles, trabajaba interiormente en desacreditar la revolucion y á sus proveedores, valiendose para ello de personas capaces de emplear la pluma en este objeto. Muy pocos tuvieron firmeza para resistirle; pero muchos cediendo al alhago ó á las amenazas con que directamente eran precisados, hicieron jemir las prensas, y los pulpitos con proclamas, discursos y exórtaciones; de modo que cuando la severidad no obraba, se ponía en ejercicio el arte de alucinar con mañas, y á veces ambas maniobras juntas.

Así se sostuvo en el tiempo de su mando las con fantasmas del honor y de la fidelidad, la detestable causa del despotismo, hasta que renovada por felicidad nuestra, pasó á otras manos, en que por falta de estos arvitrios, desaparecieron las sombras; y á la luz y conocimiento de los verdaderos intereses de la Patria, hizo mayores progresos la opinion á medida que se enflaquecia la opuesta.

El sistema de ser libres prevaleció al temor que habian infundido las causas y suplicios. Estos no embarazaron ya para discurrir, hablar, y aun poner en planta los medios de sorprehender los puntos mas fortificados, porque el pueblo llegó á conocer las diferentes manos que lo rejian. La sangre irritó los deseos, se rompieron los muros que obstruian el canal de los conocimientos, y desde entonces ya no fue dudosa, ni la opinion, ni la suerte de los patriotas, que en numero considerable se encerraban dentro de los muros de la capital.

La prueba de estos hechos se ofrece en la conducta del nuevo gobernador, que intimidado con las pérdidas de Chile, con la intrepidez de los mismos patriotas, y careciendo de la politica necesaria para esos casos, tomó el partido de la desesperacion. Los procesos criminales se multiplicaron, y las prisiones se decretaban indistintamente contra toda clase de personas, de las cuales perecieron unas, y salvaron otras, segun entiendo, por efecto del mismo temor.

El poco fruto de sus providencias,

aumentó los recelos del nuevo gobierno, y concentrando las fuerzas en esta capital, imposibilitó á los naturales que pudiesen intentar cosa alguna en favor de su libertad, faltándoles un apoyo que sostuviese sus esfuerzos, y un protector que favoreciese el intento, á fin de obrar sin tanta desventaja como la de un pueblo desarmado contra 11.000 hombres de tropa escogida y disciplinada, que aunque de las mismas provincias eran en la mayor parte mandadas por jefes y oficiales españoles, al abrigo de los cuarteles de la ciudad, y de un parque de artillería suficiente para demoler la población.

90 Sin embargo de lo que debía imponer este aparato, no desmayó el espíritu público, alimentado con la llegada del ejército libertador, á cuya vista se hubiera inclinado quizá el antiguo gobierno á reconocer la Independencia, á no embarazárselo la liga de los monopolistas, y los militares españoles que defendían con igual ardor la causa de sus grados: de que resultó la rebelión de Azuapungo para colocar una tercera entidad en el mando, y al frente de sus respectivos intereses; y todos estos sucesos que jamás dejaron de venir acompañados de nuevas vejaciones, fueron otros tantos embarazos que se oponían á la resolución y á los deseos de libertarse, pues á estas novedades eran consiguientes las precauciones, como el aumento de las fuerzas militares, espionaje y otras.

Ocurrieron también en ese mismo tiempo los tratados de Miraflores y Punaucanca, en que el pueblo concibió la ilusionera esperanza de alcanzar por su medio la paz con honrosas y útiles condiciones para la América. En todo el no debió pensarse en buscarla por otro camino, por ser preferible el arbitrio de la negociación á los horrores é incertidumbre de la guerra. Ocupados de esta idea agitaban al gobierno con anónimos, pasquines, y aun con oficios que fueron desagradablemente contestados, y á proporción que la esperanza se desvanecía, crecía el disgusto, y empezó la emigración de los vecinos, quedando muchos á quienes se hacía imposible vencer las dificultades y el riesgo de ser interceptados, agobiados con el peso de

las exacciones, violencias y aun del hambre y las enfermedades, que por complemento de su infortunio empezaba á causar algunos estragos.

Pero por grandes que sean estos males y el odio á la tiranía, aun es más poderoso el deseo de la propia conservación. Ninguno por valiente que quiera suponerse se aventura á los riesgos, sin tener al menos probabilidad de salvar su individuo en un caso desgraciado; de otro modo sería obra de la temeridad, no del valor. Se hacía pues necesario apelar á la revolución para redimirlos, y aunque los ánimos estaban dispuestos á ella, los medios con que llevarla al cabo y felizmente, estaban enteramente negados.

Requiere á más del valor, para empresas de esta naturaleza, talento, y prudencia para concebir las, y para dirigir con acierto sus operaciones, y sobre todo, fidelidad de parte de los que han de ejecutarlas. Estoy bien seguro de que el pensamiento ocupó á muchísimos, y que á todos los más se le ofrecieron los inconvenientes del último extremo de esta proposición. Porque á la verdad, si en todas partes ocurre este recelo, en Lima debió desconfiarse del secreto más que en ninguna otra parte por la diversidad de las castas, la oposición de intereses entre americanos y españoles, el considerable número de estos, y su continua vigilancia para prevenir una sorpresa é impedir los progresos de la revolución.

Parecería importuno describir aquí las injusticias y atrocidades inevitables en semejantes ocasiones, la resistencia y la oposición que debieron hacer tropas, y españoles, enemigos domésticos, temibles por el influjo de su riqueza. A poco conduciría para nuestro propósito relacionar las muchas personas de distinción por clase y jerarquía, que fueron oprimidas en cárceles y calabozos, porque este es el precio á que se adquiere la libertad; más todo debe entrar en consideración para apreciar las disposiciones del pueblo, y juzgar por ellas su conducta, y los motivos de haber retardado la resolución. (Se concluirá)

FE DE ERRATAS.
En el núm 4 del jueves 12 en la pag. 3. col.

1. Annuitur. léase, Assuitur,

LIMA: IMPRENTA DEL ESTADO.